

Germán Sepúlveda

Esquema del cuento rural chileno



HA escrito, en general, sobre el cuento chileno, gentes tan autorizadas como Luis Durand, Nicomedes Guzmán, Mariano Latorre y Raúl Silva Castro, entre otros. Las opiniones de ellos circulan de manera profusa en los medios donde hay interés por conocer el desarrollo de nuestras letras. Nosotros, al bosquejar los breves juicios que van a leerse, deseamos referirnos a ciertos aspectos especiales del cuento rural chileno del siglo veinte. Para hacerlo, hemos tomado en consideración algunos cuentos y algunos cuentistas respecto a cuya solvencia y prestigio no hay ya discusiones. Porque no nos guía ningún afán de polémica, sino el humilde propósito de subrayar ciertos rasgos, al parecer, olvidados o descuidados en el análisis del género. Los ejemplos seleccionados por nosotros tienen perfiles suficientemente agudos como para afirmar, con certeza, el cariz que nos importa destacar.

Se oye, muy a menudo y en reiteradas ocasiones, que el cuento chileno de tema campesino se distingue por la pintura de un mundo apacible, rutinario y patriarcal. Y se subentiende que ese mundo es de una simplicidad enorme y hasta monótona, en cuya explotación se ha insistido con exceso. También hay la tendencia a suponer en quienes lo interpretan una simplicidad de criterio y de alma demasiado notorios. Asimismo, asoma su

nariz el supuesto de una falta de dramatismo humano en la generalidad de los cuentos rurales. Estas ideas llenan la atmósfera y las conversaciones de cuantos se consideran aptos para discriminar y enjuiciar tal tipo de creaciones. Pero una lectura atenta y ponderada insinúa distintas y hasta antagónicas conclusiones, por lo menos así nos ha parecido a nosotros. De aquí el origen de lo que apuntaremos, sin ánimo, lo repetimos, de forzarle a nadie sus propias nociones.

1. Al comentar los cuentos rurales, parece que los críticos no han advertido el tono bien claro y definido de algunos. Por ejemplo, no han parado mientes en que la consolidación de la vida campesina ha inspirado cuentos de un realismo trágico y de un verismo conmovedor. Ambos enraizados en el tipo de hombres cuyos intereses materiales y cuya tonalidad psicológica han entrado en conflicto. La conquista, dominio y posesión de las tierras agrícolas o ganaderas son el impulso motor de la situación descrita e interpretada en esos relatos. Y lo que en éstos constituye la médula afecta rasgos esenciales en ese universo agropecuario del cual se ha venido creando una fisonomía falsa y convencional.

Quitapán, de Baldomero Lillo, y *La vaquilla de Huenchulif* junto a *Un filón de rojo raulí*, de Mariano Latorre, representan la incorporación a nuestra literatura de los sucesos y antecedentes culminantes del proceso de civilización y sujeción de las tierras y de los indígenas. Eliminados o subordinados por la pasión de dominio que dirige los pasos del hombre blanco, colono, hacendado o latifundista. Los tres cuentos citados bastan para desvirtuar la creencia en un clima de convivencia suave y patriarcal en los predios rústicos, así como la de ausencia de angustia y patetismo humano en los motivos literarios correspondientes.

Baldomero Lillo aporta el cuadro desnudo y bravío del choque entre los modos de sentir y comprender el trato con la tierra tanto del colonizador semi europeo como de su poseedor nativo.

Más que la lucha de dos hombres, el uno despiadado y frío en sus métodos de predominio y el otro tenaz y empeinado en el apego a su suelo, nos muestra Lillo el conflicto de dos culturas y de dos psicologías sin puntos comunes de contacto. Los modos de acción occidentales se imponen a los modos de acción aborígenes americanos, con su típico estilo excluyente e invasor. Con esa forma de exclusión e invasión que significa el asesinato como elemento decisivo para obtener determinados fines. *Quilapán* simboliza el destino de miles de araucanos cuyos terrenos y heredades pasan a manos de los latifundistas, por virtud y gracia de un contundente procedimiento de engaño o de extorsión. La soberbia primitiva y la impunidad de pareja estirpe, afianzada por el compadrazgo entre las autoridades pueblerinas y los señores terratenientes, definen ese tipo de conquista agraria.

La vaquilla de Huenchulif, de Mariano Latorre, representa otro tramo en la escala de procedimientos orientados a ampliar o deslindar las haciendas. Aquí, ya no es la destrucción de las rucas y la muerte de los pobladores el medio decisivo, sino la alianza y el concurso de los recursos legales y la obediencia que prestan los carabineros a los caprichos de los latifundistas. La ignorancia y el desamparo del indio llevan irremediablemente a la entrega de sus tierras y a la sujeción de sus personas. Si hay porfía de su parte, nada cuesta hacerlo aprehender y torturar en los retenes del lugar, ello a pretexto de robo o de otras actividades contrarias a la integridad de los bienes del prójimo rico. Latorre desenvuelve toda una gama de circunstancias objetivas que conducen a la tortura de un araucano tímido y sin culpa, pero declarado tal por voluntad de un vecino a quien no quiere vender su mapu. El ejecutor de la venganza del señor de horca y cuchillo es el jefe del pequeño retén de carabineros situado en su propiedad. El uno y el otro han llegado a ocupar sus respectivas posiciones frente al indígena después de años de una existencia nada recomendable. Esto los hace solidarios y cómplices en la labor de expoliación y de flagelación

Tanto el cuento de Lillo como el de Latorre transmiten el hálito penetrante y rudo de una situación humana que viene dándose hasta en nuestros días. Según el lugar y las circunstancias, claro está, los detalles de la situación varían, pero el torso y la columna vertebral que determina las acciones, se mantienen en su esencia. Además del agudo dramatismo del tema, hay en *Quilapán* y en *La vaquilla de Huenchulif* alta plenitud de recursos estilísticos y expositivos. Plenitud que hace de ambos, obras de artes intachables a la vez que rebosantes de vitalidad humana.

Un filón de rojo raulí, también de Latorre, nos traslada a un nuevo peldaño en la apropiación de las tierras. De la disputa elemental y hosca entre el colono enriquecido y el indio huraño y apegado al mapu, que es un torneo casi de cuerpo a cuerpo, se pasa a la rapiña de las montañas madereras. Ahora son protagonistas los chilenos poco recomendables que se han puesto al servicio de ciertos congresales débiles de escrúpulos, quienes se han tentado con el enriquecimiento fácil que significa la explotación de las maderas en suelos fiscales. Mientras estos palanquean en la capital concesiones de montañas bien surtidas de raulíes, aquéllos, poniendo en juego su astucia y fama de cuatros o bandidos, dirigen los trabajos respectivos. Naturalmente, en calidad de socios. El espíritu y las actitudes de estos socios en contra de los enemigos, por el deseo de obtener las mismas concesiones madereras, indican la mantención de la atmósfera de violencia que señala, a lo largo del tiempo, la posesión de las tierras. Y, para bien o para males la base latifundista el factor determinante de los actuales modos de convivencia rural, que nuestros autores de cuentos deben elaborar y plasmar en sus obras. Mejor dicho, los más representativo de nuestros cuentos rurales acude a esa fuente, aun cuando no haya el propósito consciente de incorporarlo a la literatura. Pero sí existe la intuición profunda y certera de ello.

Desde luego, los batalladores por las posesiones agrícolas y

ganaderas, como los que batallan por las madereras, son individuos de una extraordinaria reciedumbre vital, que ni siquiera han tenido paciencia ni espacio para avenirse a los mandatos de la moralidad. Son los actores de tales cuentos, hombres de exuberante energía, a la vez que productos justificados de un medio y de una civilización cuyo impulso más saliente es la subordinación de las personas humanas a los factores económicos. Los cuentistas, de quienes hemos citado paradigmas, se han dado suficiente cuenta de esas características, por lo cual sus narraciones no están sofisticadas ni por la moralidad mesocrática ni por la compasión de tres al cuarto. Ellos traducen y hablan en términos de arte macho, cargado de la temperatura social que establecen precisas condiciones históricas.

2. Ocupados los campos, ya por el despojo inmisericorde y violento del indio, ya por las trampas legales en contra de éste, ya por la pelea de igual a igual entre los criollos voraces e inescrupulosos, los efectos del latifundio se hacen sentir de diversa manera. Los hijos de inquilinos o de colonos, a quienes no ha sido posible obtener un dominio donde ejercitar sus condiciones de imperio voluntarioso, se lanzan a la epopeya del cuatrerismo o del bandidaje. Pues cuatrereros y bandidos son productos harto legítimos de la concentración de los predios en pocas manos. Cuántos no han logrado birlarse miles o centenares de hectáreas, poseyendo la misma fibra de mando de los que las han conseguido, se echan a ganarse la vida en tareas audaces, riesgosas y aventuradas, pero libres e indómitas. No pudiendo ejercitar sus aptitudes personales relevantes en la administración discrecional de haciendas y de paisanos sumisos, aportan por ejercitarlas en actividades de semejante señorío y beneficio. Arrean piños y hasta hombres, de todos modos viven del trabajo ajeno, sin las molestias de estarlo vigilando cuotidianamente.

Para corroborar lo antedicho, basta remitirnos a los cuentos

siguientes: *Los dos*, de Rafael Maluenda; *El bonete maulino*, de Manuel Rojas, y *Marimán o el cazador de hombres*, de Mariano Latorre. El primero refleja la época en que el bandido es el tipo de la inconsciente desadaptación a las preocupaciones agropecuarias. Simboliza la etapa durante la cual los hombres fuertes y bravíos deslindan sus derechos a punta de cuchillos o de balas, sin un poder coercitivo que los restrinja. Los choques entre el que llegó antes que los demás a ocupar las praderas o las montañas y cuantos vinieron demasiado tarde, se realizan a mano armada y en forma de asalto desembozado. En esta competencia de rapiña a la descubierta, el cuatrero o el bandido se gana la simpatía de los siervos de las haciendas, quienes han debido entregar sus terrenitos a su actual señor, tornándose sus servidores obedientes. Porque el latifundista ha despojado a los débiles e indefensos, recurriendo a métodos no siempre edificantes desde el punto de vista de un arrojado primario, sino, con excesiva frecuencia, a las mañas indignas del cobardote ensoberbecido. En cambio, el bandido se enfrenta sin ambages al propietario de ganados y de dineros en abundancia, pero a los pobres labradores les respeta sus flacas ganaderías y aún los socorre en la miseria. Este fenómeno corresponde, por lo demás, a un hecho justificadísimo: cuatrero y bandido son hijos, por lo común, de la miseria hogareña. Los moquetones que no se resignan al mezquino y duro jornal del gañán o del inquilino, dotados de destreza para manejar el chozo y de superior audacia y desprecio a la vida propia y a la del prójimo, se lanzan a la epopeya de la supervivencia riesgosa. El cuento de Maluenda representa, también, la época de oro del cuatrero, tanto en el sentido de la gallarda prestancia humana de sus ejemplares, como en el sentido de sus provechos materiales. Son los tiempos en los cuales la fama de los grandes bandidos cruza la frontera chileno-argentina o las regiones del país, despertando el espíritu de emulación o de enemistad heroicas.

El segundo de los cuentos enumerados corresponde a circunstancias en que ya la situación de inadaptabilidad es más aguda e insostenible. El protagonista de *El bonete maulino* es conducido al cuatrерismo por la necesidad de liberarse de un trabajo cuyo rendimiento no bastaba al sustento de la familia. Son los imperativos de las privaciones económicas, agudizadas en demasía, los que hacen de un hombre, sano e impetuoso de alma, miembro de una banda organizada. Rojas nos pinta a su personaje con una fineza de perfiles harto elocuente. Mantiene a lo largo del relato la estampa física y moral, poco menos que inocente, del bandido a su pesar. Puesto que, en el fondo, son agentes externos los que llevan al hombre del bonete a seguir un oficio de tantos altibajos y de tanta peligrosidad. *El bonete maulino* bien puede estimarse la creación más sólida del cuento chileno en el tema del cuatrерismo: su protagonista es caso típico y muy bien coordinado de esas almas intrépidas que por el empuje de la vida dura e ingrata entran en una esfera de acción fuera de lo acostumbrado y aceptado. Igualmente, en dicha narración, descuellan ventajosamente las condiciones de viveza, fluidez y patetismo creador y evocador, pleno de simpatía y comprensión hacia gentes cuya culpa en sus acciones no siempre corresponde al cartabón punitivo de los hombres satisfechos de su fortuna y de su suerte. Y, claro, el bandido que Rojas ha echado a andar en sus páginas se mueve bajo las barbas mismas de las autoridades, cuya presteza en resguardar los bienes y las personas de los hacendados indica la estabilización de los privilegios que la violencia inicial puso a los pies del afortunado sedentario y terrateniente. Antes voluntarioso e inquieto conquistador de heredades rústicas, hoy engréido defensor de los fueros de la «justicia». Claro, la justicia, en función del cuidado y acrecentamiento de los dineros de sus nuevos apóstoles, es impuesta con máximo rigor al descomedido usurpador de animales o dineros ajenos. Es decir, el criollo más acomodado y pacífico, se impone al que no supo tranquilizarse a tiempo.

El cuento *Marimón y el cazador de hombres*, de Latorre, da una excelente versión, no ya del centro, sino del sur chileno. El bandido, un indio que no pudo sufrir las expoliaciones y que emplea su astucia en burlar a carabineros y hacendados, despierta las iras todas de los representantes de la autoridad, pues no sólo es arrojado en sus asaltos, sino afortunado en ciertas lides de amor. Y, casualmente, lo es con una chicuela a la que también quisiera rendir un sargento. En las provincias australes, la convivencia entre los latifundistas y los carabineros es particularmente notoria, así como particularmente escabrosa la suerte de quienes se disgustan con unos y otros. Latorre, con un acierto de captación ejemplar, analiza y describe la psicología de esos servidores públicos, cuya permanencia en los cargos o éxito en los ascensos, depende, en grado asombroso, de la buena voluntad de los señores de la tierra. Asimismo, desnuda las reacciones de odio y envidia que so capa de defensa de la ley, satisfacen los rencores del persecutor premunido de atribuciones pesquisadoras. En *Marimón y el cazador de hombres* se formaliza ese peculiar fenómeno de los hombres cuya procedencia racial y social es muy semejante, pero cuyo destino los torna enemigos irreconciliables. Pues unos son conducidos a ganarse la existencia defendiendo, no el orden sino las tranquilas e ingentes ganancias del colono rapaz y sórdido, mientras los otros, despojados de sus campos y de sus medios escasos de subsistencia, se dedican a ganarse el pan a costa de quienes los han desposeído sin muchos miramientos. Latorre complica la trama de su cuento con unas salpicaduras de celos, de donde cobra su desarrollo y desenlace un aire de tensión e impetuosidad notables. De cierto, sucesos de este jaez llevan en sí un trágico sino, sin que basten a paliarlo atenuaciones de especie ninguna. Sobre valles o serranías que no les pertenecen ni por el uso ni por el usufructo, carabineros y bandidos se desangran, en aras de los patrones cuyos abdóme-

nes y cuyas talegas se hinchan por la paciente fecundidad del inquilinaje pasivo y sufridor.

3. Sin duda, el ocupante criollo o europeizado que determina las condiciones de la vida rural es el agropecuario y latifundista. Ha combinado su sedentarismo de última hora con la macuquería legalista, haciéndose dar saneados títulos de dominio, primero, y luego, con sus influjos de cacique electoral, ha puesto de su parte la maravillosa palanca de la justicia campestre y pueblerina. Su hermano segundón, devenido cuatrero o bandido, apenas si puede hacerle pequeña competencia, aunque lo mantenga de continuo alerta. También el cuatrero o bandido llega a hacerse dueño de tierras, y entonces su actitud es pareja a su antecesor en la buena fortuna. Se torna explotador, duro y avaro con los humildes, trabajadores o vagabundos: antes que nada el saneado caudal de su hacienda, para los sentimientos humanitarios queda toda la eternidad.

Esta forma de la vida campesina nos ha sido señalada con rasgos elocuentes por nuestros cuentistas. Como se trata de hombres cuya fuerza expansiva en las luchas de conquista brutal es bastante escasa o ya inexistente, en cuanto a la intervención del crimen y la tinterillada escandalosa para obtener predios, sus condiciones de sociabilidad los conducen a buscar el matrimonio. Pero este tipo de matrimonios significa una especie de ansia de revancha contra los años duros de la juventud o de la madurez. Esos hombres caen en la debilidad de constituir su hogar con mujeres bastante menores que ellos. Aquí nacen las condiciones propicias para la infidelidad conyugal que, a modo de un castigo indirecto, pero efectivo, destruye el prestigio del marido y lo convierte en el hazmerreír de los comarcanos. En esta etapa de la existencia rural hasta los peones o los inquilinos colaboran en un acercamiento de intereses económicos, por vía del matrimonio, se entiende. Son ilustrativos de este fenómeno.

cuentos como *La Maiga*, de Federico Gana, *Héroes*, de Rafael Maluenda, y *El casamiento de la Rosa Lastra*, de Luis Durand.

En el primero hay la elaboración literaria de cómo las pasiones del amor juvenil son sacrificadas con la perspectiva de un provechoso casamiento de una hija. El padre de la desposada, cuyo fallecimiento acaba de suceder, no tuvo empacho en darla en desposorio a un hacendado que supo despertar la codicia del rústico progenitor. El cuento, es verdad, se mantiene en el plano de la avaricia individual, pero no deja por ello de corresponder a un tipo humano representativo en los campos. En el segundo de los cuentos, aflora un tema de competencia sentimental entre padre e hijo, por el hecho de haberse casado aquél con una joven no mayor que éste. La pasión amorosa del muchacho se mantiene bastante tiempo oculta y disimulada, pero desborda al fin. Al ocurrir no sucede ningún hecho externo inmediato que llame la atención, pero entre la vida de esposa y esposo se establece un clima de dudas y dolor inconfesado. El hijo, deja demasiado profunda la huella de su ausencia física y hace sentir con fuerza su presencia espiritual. La joven esposa y el anciano marido sienten su aleteo en los anocheceres silenciosos y mustios.

En el tercer cuento, *El casamiento de la Rosa Lastra*, de Luis Durand, ya hay la problematización consciente de los sucesos discordantes de un matrimonio entre personas de muy dispareja edad. El autor crea un ambiente y prepara los elementos externos e internos con una fineza de matices y un agudo sentido de la ironía, dando margen a que la picardía de los rudos hombres y mujeres que presencian y celebran la boda manifiesten y predigan el futuro curso de ella. Las páginas de Durand cargan de sugerencias una realidad nada extraña ni escasa en los medios rurales. Realidad de la cual rara vez, por otra parte, está ausente el hecho de sangre, que no es simple truculencia, sino lógico remate de circunstancias eslabonadas de primitivismo y de malicia.

Cuanto hemos anotado hasta el momento, en forma rápida, demuestra que el mundo de nuestros campos está solicitado y henchido de antecedentes e impulsos efervescentes. La premura con que hemos debido escribir, nos compromete a darle a estas líneas un desarrollo y un pulimento mayor en próxima ocasión, pues no terminan aquí las indicaciones relativas al tono de tragedia y violencia que inspira y entona lo mejor de nuestro cuento rural.